

Volver a empezar

Ken Grimwood

Traducción:
Celia Filipetto



Para mis padres

Jeff Winston hablaba por teléfono con su mujer cuando se murió.

«Tenemos que...», le había dicho su mujer, y él nunca llegó a saber qué era lo que necesitaban, porque algo pesado le golpeó el pecho dejándolo sin aliento. El teléfono se le cayó de la mano y fue a mellar el pisapapeles de cristal que había sobre su escritorio.

Apenas una semana antes, ella le había dicho algo parecido: «¿Sabes lo que tenemos que hacer, Jeff?», después de lo cual había seguido una pausa, no infinita, ni definitiva como esta pausa mortal, sino un intervalo palpable. Estaba sentado a la mesa de la cocina, en lo que Linda denominaba el «rincón del desayuno», aunque no se tratara en realidad de un espacio aparte, sino simplemente de una mesita de formica con dos sillas colocadas desmañadamente entre el costado izquierdo de la nevera y la parte frontal de la secadora de ropa. Linda picaba cebollas en la encimera cuando le dijo aquello, y quizá fueron las lágrimas agolpadas en la comisura de sus ojos las que lo pusieron pensativo, las que le dieron a la pregunta de su mujer más importancia de la que ella había pretendido.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer, Jeff?

A lo cual se suponía que debía contestar: «¿Qué, cariño?», y debía hacerlo distraídamente, sin interés, mientras leía el artículo publicado por Hugh Sidey sobre la presidencia en la revista *Time*. Pero Jeff no estaba distraído; le importaban un bledo las divagaciones de Sidey. De hecho, estaba más centrado y alerta de lo que había estado en mucho, mucho tiempo. De manera que no dijo palabra durante varios minutos, se limitó a mirar fijamente las lágrimas forzadas de Linda y a pensar en las cosas que ella y él necesitaban.

Para empezar, necesitaban salir, subirse a un avión que los llevara a algún lugar cálido y exuberante, a Jamaica o a Barbados quizá. Llevaban cinco años sin tomarse unas verdaderas vacaciones, desde aquel viaje a Europa que tanto habían planeado, pero que al final resultó decepcionante. Jeff no tenía en cuenta los viajes que cada año hacían a Florida para ver a sus padres en Orlando y a la familia de Linda en Boca Ratón; aquéllas eran visitas a un pasado cada vez más lejano, nada más. No, lo que les hacía falta era pasar una semana, un mes, en una isla decadente del extranjero, donde pudieran hacer el amor en playas interminables y desiertas, en las que por las noches flotara en el aire el sonido de la música *reggae* y el perfume de flores de un rojo ardiente.

Tampoco les vendría nada mal una casa decente, quizá una casa como esas imponentes mansiones que habían visto en Upper Mountain Road, Montclair, tantos domingos melancólicos, mientras paseaban en coche. O una vivienda sobre la avenida Ridgeway, en White Plains, cerca de los campos de golf, una de estilo Tudor con doce habitaciones. No es que quisiera dedicarse al golf, sino que le parecía que tanto prado verde y tranquilo, con nombres como Maple Moor y Westchester Hills, conformarían un ambiente más agradable que el formado por las rampas de acceso a la autopista de Brooklyn-Queens y la trayectoria de aproximación al aeropuerto LaGuardia.

También necesitaban un hijo, aunque probablemente fuera Linda quien sintiera esa falta con más urgencia que él. Jeff siempre se imaginaba al hijo que no habían tenido como un niño de ocho años que se había saltado todas las exigencias de la infancia sin haber alcanzado los tormentos de la pubertad. Un buen crío, ni demasiado guapo ni demasiado precoz. No importaba si era niño o niña; bastaba con que fuera suyo y de su mujer, que hiciera preguntas raras y se sentara demasiado cerca del televisor y luciera la chispa de su individualidad en ciernes.

Sin embargo, no tuvieron niños; hacía años que sabían que era imposible, desde 1975, cuando Linda había tenido aquel embarazo ectópico. Tampoco tendrían una casa en Montclair ni en White Plains; el puesto de jefe de noticias que Jeff ocupaba en la emisora de radio WFIY de Nueva York, dedicada exclusivamente a informativos, sonaba más prestigioso y lucrativo de lo que en realidad era. Tal vez todavía podía dar el salto y pasarse a la

televisión, pero a los cuarenta y tres, la posibilidad se hacía cada vez más improbable.

Lo que tenemos que hacer es... hablar —pensó—. Mirarnos a los ojos y decirnos: No ha funcionado. Nada ha funcionado, ni el romance, ni la pasión, ni los planes gloriosos. Todo se fue al garete y nadie tiene la culpa. Eso es sencillamente lo que pasó.

Pero claro, nunca iban a hacer algo así. En eso radicaba gran parte del fallo, en el hecho de que rara vez hablaban de las necesidades profundas, nunca sacaban a colación la desgarradora sensación de vacío que se interponía entre los dos.

Linda se enjugó con el dorso de la mano una lágrima inútil, provocada por la cebolla.

—¿Me has oído, Jeff?

—Sí, te he oído.

—Lo que tenemos que hacer —repitió mirando en su dirección, pero sin fijarse del todo en él— es comprar una nueva cortina de baño.

Con toda probabilidad, antes de que él comenzara a morir, su mujer iba a expresarle una necesidad parecida. Probablemente, su frase habría acabado en «... una docena de huevos» o «... una caja de filtros para la cafetera».

Se preguntó por qué estaría pensando todo aquello. Se estaba muriendo, caramba; ¿acaso sus últimos pensamientos no debían ser más profundos, más filosóficos? O tal vez una rápida retrospectiva de los hechos más destacados de su vida, cuarenta y tres años en sistema Beta. Era lo que la gente veía antes de ahogarse, ¿no?

Pues eso mismo, es como si me estuviera ahogando, pensó, mientras transcurrían los diez segundos interminables: la horrible presión, la lucha inútil por respirar, la humedad pegajosa que le empapaba el cuerpo mientras el sudor salado le chorreaba por la frente y se le metía en los ojos provocándole escozor...

Ahogándose. Muriéndose. No, joder, no, esa era una palabra irreal que se aplicaba a las flores, a los animales de compañía o a los demás. A los viejos, a los enfermos. A los desafortunados.

Su cara cayó sobre el escritorio, la mejilla derecha quedó apretada contra la carpeta que se disponía a estudiar cuando lo llamó Linda. La melladura del pisapapeles se le antojó una caverna ante su único ojo abierto, una hendidura en el mundo mismo, reflejo punzante del dolor desgarrador que sentía por dentro. A través del cristal roto

alcanzó a ver los números rojos y brillantes del reloj digital que había sobre su librería:

13:06 OCT 18 88

Después ya no tuvo que preocuparse por dejar de pensar en nada más, porque el proceso del pensamiento cesó del todo.

Jeff no podía respirar.

Por supuesto que no podía respirar, estaba muerto.

Pero si estaba muerto, ¿por qué era consciente de no poder respirar? O, para el caso, ¿de cualquier otra cosa?

Apartó la cabeza de la manta hecha un lío y respiró. Aire húmedo, viciado, cargado del olor de su propio sudor.

O sea que no se había muerto. En cierto modo, el descubrimiento no lo entusiasmó, de la misma manera que la anterior suposición de que se estaba muriendo no había logrado llenarlo de pavor.

Quizá, en el fondo, esperaba que su vida acabara. Ahora iba a continuar como antes, con la insatisfacción, la agobiante pérdida de ambición y esperanza que había causado o había sido causada por el fracaso de su matrimonio, ya no se acordaba bien cómo había sido.

Se quitó la manta de la cara y de una patada apartó las sábanas arrugadas. De la oscuridad de la habitación le llegaba una música apenas audible. Era un tema antiguo, *Da Doo Ron Ron*, interpretado por uno de esos grupos de chicas de Phil Spector.

Completamente desorientado, Jeff tanteó en busca del interruptor de la lámpara. Una de dos, o se encontraba en la cama de un hospital, recuperándose de lo que le había pasado en la oficina, o en casa, despertando de una pesadilla peor que las de costumbre. Su mano dio con la lámpara de la mesita de noche y la encendió. Se vio en una habitación pequeña y desordenada, con la ropa esparcida por el suelo y libros apilados al azar sobre dos escritorios y sillas adyacentes. No era un hospital, ni el dormitorio en el que dormía con Linda, pero en cierto modo le resultaba conocido.

Desde una fotografía ampliada, pegada en la pared con cinta adhesiva, una mujer desnuda y sonriente lo miraba. Una lámina central de *Playboy*, una de las clásicas. La morena rolliza, de aire gazmoño, aparecía tumbada boca abajo sobre una colchoneta

hinchable colocada en la cubierta de popa de un barco, y su bikini a lunares rojos y blancos estaba atado a la barandilla. Con aquella elegante gorra redonda de marinero, el cabello negro cuidadosamente peinado con laca, se parecía mucho a Jackie Kennedy cuando era joven.

Notó que las demás paredes estaban decoradas en un estilo juvenil de la misma época: láminas de corridas de toros, una ampliación enorme de un Jaguar XKE rojo, la funda de un viejo álbum de Dave Brubeck. Sobre uno de los escritorios se veía una bandera roja, blanca y azul en la cual, en letras formadas con barras y estrellas, se leía: «Al carajo con el comunismo». Jeff sonrió al verla: en la universidad había pedido una igualita al pasquín *The Realist*, de lo más provocativo de su época, cuando...

Se incorporó de golpe notando las pulsaciones en los oídos.

Recordó que la vieja lámpara de pie flexible que había sobre el escritorio situado más cerca de la puerta siempre se soltaba de la base cada vez que la movía. Y la alfombra junto a la cama de Martin tenía una enorme mancha rojo sangre —sí, justo allí— de aquella vez en que Jeff había logrado colar a Judy Gordon y esta se había puesto a bailar por la habitación a la música de los Drifters y derramado una botella de Chianti.

La vaga confusión que había sentido Jeff al despertar dio paso a un genuino asombro. Apartó del todo las mantas, saltó de la cama y con paso inseguro fue hasta uno de los escritorios. El suyo. Repasó los libros apilados: *Patterns of Culture*, *Growing Up in Samoa*, *Statistical Populations*. Sociología 101. ¿La daba la doctora..., cómo se llamaba? ¿Danforth, Sanborn? Siempre desayunaba a las ocho de la mañana en un viejo comedor amplio, con olor a humedad, que había en alguna parte, en el extremo más alejado del campus. Cogió el texto de Benedict y lo hojeó; había varios párrafos muy subrayados, con varias notas al margen de su puño y letra.

—¡...El éxito de esta semana en WQXI es un tema de los Crystals! El próximo va para Bobby de Marietta, de parte de Carol y Paula. Estas dos guapísimas chicas quieren que Bobby sepa que, al igual que los Chiffons, lo consideran «*estupennndo*»...

Jeff apagó la radio y se secó la película de sudor que le cubría la frente. Notó con incomodidad que tenía una erección completa. ¿Cuánto hacía que no se le ponía así de dura sin estar pensando siquiera en hacer el amor?

Bien, había llegado el momento de aclarar aquello. Alguien tenía que estar gastándole una broma muy complicada, pero no conocía a nadie que gastara bromas pesadas. E incluso si conociera a alguien, ¿cómo iba alguien a llegar a semejantes extremos? Hacía años que había tirado los libros con sus propias notas, y nadie habría sido capaz de recrearlos con tanta precisión.

Sobre su escritorio había un ejemplar de la revista *Newsweek*, la nota de cubierta hablaba de la dimisión de Konrad Adenauer, canciller de Alemania Occidental. La fecha de la revista era 6 de mayo de 1963. Jeff miró fijamente los números con la esperanza de que se le ocurriera alguna explicación racional.

No se le ocurrió ninguna.

La puerta del cuarto se abrió de par en par y el pomo interior golpeó con fuerza contra una librería. Como siempre había hecho.

—¿Qué diablos sigues haciendo tú aquí? Son las once menos cuarto. ¿No era a las diez que tenías examen de Literatura Norteamericana?

Martin estaba en el vano de la puerta, con una Coca-Cola en una mano y una pila de libros en la otra. Martin Bailey, el compañero de cuarto de Jeff en primero de carrera, su amigo más íntimo durante toda la universidad y varios años después.

Martin se había suicidado en 1981, inmediatamente después de haberse divorciado y de quebrar.

—¿Qué pretendes? —le preguntó Martin—. ¿Que te suspendan?

Sumido en un silencio pasmado, Jeff contempló a su amigo, muerto hacía tiempo; su espeso cabello negro en el que todavía no se notaban las entradas, la cara sin arrugas, los brillantes ojos adolescentes que no habían visto dolor alguno.

—Ey, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien, Jeff?

—No..., no me encuentro demasiado bien.

Martin lanzó una carcajada y arrojó los libros sobre su cama.

—¡A mí me lo dices! Ahora sé por qué mi padre me advirtió que no mezclara el escocés con el bourbon. Vaya pedazo de tiarrona te ligaste anoche en casa de Manuel, si Judy hubiera estado presente, te habría matado, ¿Cómo se llama?

—Eeh...

—¡Anda ya, no estabas tan borracho! ¿Vas a telefonarle?

Jeff se volvió presa del pánico. Quería decirle a Martin miles de cosas, pero ninguna de ellas habría tenido más sentido que aquella loca situación.

—¿Qué te pasa, hombre? Tienes cara de estar pasándolas moradas.

—*Mmm...* necesito salir. Tomar el aire.

Martin lo miró ceñudo y perplejo.

—Ya, me lo imagino.

Jeff cogió un par de pantalones informales, lanzados descuidadamente sobre la silla de su escritorio, luego abrió el armario que había junto a su cama y sacó una camisa de madrás y una chaqueta de pana.

—Pásate por la enfermería —le sugirió Martin—. Diles que tienes gripe. A lo mejor Garrett te deja recuperar ese examen.

—Sí, claro.

Jeff se vistió deprisa y se calzó un par de mocasines de cordobán. Se encontraba al borde de la hiperventilación y se obligó a respirar despacio.

—No te olvides que esta noche vamos a ver *Los pájaros*, ¿vale? A las siete, Paula y Judy nos esperan en Dooley para comer algo antes.

—De acuerdo. Ya nos veremos.

Jeff salió al pasillo y cerró la puerta. Se dirigió a la escalera, bajó corriendo tres tramos y gritó un «¡Hola!» rutinario a un joven que pasaba y que lo llamó por su nombre.

El vestíbulo estaba tal como lo recordaba; a la derecha se encontraba la sala de la televisión, vacía ahora, pero siempre llena para los acontecimientos deportivos y los programas espaciales; al pie de la escalera que les estaba prohibido subir, esperando a sus novios, un puñado de chicas reía tontamente; las máquinas de Coca-Cola seguían frente a los tabloneros de anuncios usados por los estudiantes para colocar anuncios en los que buscaban o vendían coches, libros, apartamentos, alguien que los llevara a Macón, Savannah o Florida.

Afuera, los cerezos silvestres estaban en flor y bañaban el campus con su fulgor rosado y blanco que parecía reflejarse en los mármoles limpios y blancos de los suntuosos edificios grecorromanos. Era Emory, qué duda cabía, la casa de estudios en la que los sureños se habían esforzado al máximo por recrear la universidad del estilo de las que formaban parte de la Ivy League, una universidad que la región reconociera como propia. La estudiada atemporalidad de la arquitectura desorientaba un poco; mien-

tras cruzaba corriendo el patio y dejaba atrás la biblioteca y el edificio de derecho, Jeff cayó en la cuenta de que podía encontrarse tanto en 1988 como en 1963. No había pistas seguras, ni siquiera en la ropa o el pelo corto que llevaban los estudiantes que se paseaban y deambulaban por los prados de césped. Las modas de los jóvenes de la década de 1980, exceptuando la postapocalíptica estética punk, eran prácticamente indiferenciables de las que imperaron en su primera época de estudiante universitario.

Dios santo, la de tiempo que había pasado en aquel campus, la de sueños que había alimentado sin que jamás se hicieran realidad... Estaba el puentecito que conducía a la escuela de la iglesia; ¿cuántas veces se había acercado hasta allí en compañía de Judy Gordon? Y más allá, pasando el edificio de Psicología, estaba el lugar donde todos los días de su primer año se había reunido con Gail Benson para ir a comer, su primera y última amistad verdaderamente platónica con una mujer. ¿Por qué no había aprendido más de su amistad con Gail? ¿Cómo era posible que acabara alejándose tanto, de maneras tan diferentes, de los planes y aspiraciones nacidos en la calma apaciguante de aquellos verdes prados, de aquellos nobles edificios?

Jeff llevaba corriendo más de un kilómetro y medio cuando llegó a la entrada principal del campus, y esperaba estar sin aliento, pero no fue así. Se detuvo en la cuesta baja que partía de la iglesia Glenn Memorial y miró hacia North Decatur Road y Emory Village, el pequeño distrito comercial en el que se abastecía el campus.

La fila de tiendas de ropa y librerías le resultó más o menos familiar. Un lugar en especial, Horton's Drugs, le trajo una oleada de recuerdos. Con la imaginación vio las estanterías de revistas, el largo mostrador de helados y refrescos, los reservados de cuero rojo con sus máquinas de discos individuales en estéreo. Del otro lado de la mesa de uno de esos reservados, veía la cara fresca de Judy Gordon, olía su pelo rubio y limpio.

Meneó la cabeza y se concentró en la escena que tenía ante sí. Todavía no había modo de que pudiera adivinar qué año era; no había vuelto a Atlanta desde 1983, año en que se celebró aquella conferencia sobre Prensa y Terrorismo, organizada por Associated Press, y no había vuelto a pisar el campus de Emory desde..., cielos, probablemente desde uno o dos años después de su graduación. No había manera de saber si las tiendas de allá abajo seguían igual o habían sido reemplazadas por altos edificios, o tal vez, un centro comercial.

Los coches, eso era; ahora que reparaba en ellos, cayó en la cuenta de que por la calle no pasaba ni un solo Nissan, ni un solo Toyota. Únicamente modelos antiguos, la mayoría de ellos enormes, grandes consumidores de gasolina, todos coches de Detroit. Y con lo de «viejos» no quería referirse simplemente a modelos de principios de los sesenta. Por las calles pasaban muchas bestias con alerones monstruosos que databan de los años cincuenta, porque en 1963 circulaban por las calles coches con seis y ocho años de antigüedad, igual que en 1988.

Un aspecto nada concluyente, sin embargo; comenzaba ya a preguntarse si aquel breve encuentro en su cuarto con Martin no habría sido más que un sueño inusualmente vívido, un sueño del que despertó antes de que acabara. Pero no cabía duda de que en ese momento estaba bien despierto, y de que se encontraba en Atlanta. Tal vez se había emborrachado para olvidarse de lo aburrida que se había vuelto su vida y había volado hasta allí, impulsado por un repentino ataque de nostalgia en plena noche. El predominio de coches viejos podía ser una coincidencia. De un momento a otro pasaría alguien al volante de una de esas cajitas japonesas que tanto se había habituado a ver por todas partes.

Había una forma sencilla de arreglar aquello de una vez por todas. Bajó la cuesta a paso largo, en dirección a la parada de taxis que había en Decatur Road y se subió al primero de tres coches blanquiazules que encontró allí aparcados. El taxista era joven, tal vez un estudiante recién graduado.

—¿Adonde vamos, chico?

—Al hotel Peachtree Plaza —le contestó Jeff.

—¿Cómo dices?

—El Peachtree Plaza, en el centro.

—Me parece que no lo conozco. ¿Tienes la dirección?

Vaya con los taxistas. ¿No se suponía acaso que debían superar una especie de prueba, estudiarse de memoria los planos de la ciudad y los lugares más importantes?

—¿Sabes dónde está el Regency? ¿El Hyatt House?

—Ah, sí, sí. ¿Por ahí es donde quieres ir?

—Bastante cerca de ahí.

—No hay problema, chico. El taxista enfiló hacia el sur durante varias manzanas y giró a la derecha por la avenida Ponce de León. Jeff buscó en el bolsillo trasero del pantalón, súbitamente consciente de

que quizá no llevara dinero en aquella prenda desconocida, pero encontró una cartera marrón muy gastada que no era la suya.

Al menos llevaba dinero —dos billetes de veinte, uno de cinco y varios de uno—, de modo que no tendría que preocuparse por la carrera del taxi. Devolvería el dinero a quien perteneciera en cuanto restituyera la cartera a su dueño, junto con las viejas prendas que había cogido... ¿de dónde? ¿A quién?

Abrió un compartimento de la cartera tratando de encontrar alguna respuesta. Encontró un carnet de estudiante de la Universidad de Emory a nombre de Jeffrey L. Winston. Un carnet de la biblioteca de Emory también expedido a su nombre. Un recibo de una lavandería de Decatur. Una servilleta de cóctel doblada con el nombre de una chica, Cindy, y un número de teléfono. Una foto de sus padres delante de la vieja casa de Orlando, en la que habían vivido antes de que su padre enfermara gravemente. Una foto en color en la que Judy Gordon aparecía muerta de risa, lanzando una bola de nieve, su rostro dolorosamente joven y alegre enmarcado por un cuello de piel blanca vuelto hacia arriba para protegerla del frío. Y un carnet de conducir de Florida expedido a nombre de Jeffrey Lamar Winston, con vencimiento el 27 de febrero de 1965.

Jeff ocupó una mesa para dos del bar Polaris, un local con forma de ovni, situado en el último piso del Hyatt Regency, y se dedicó a contemplar cómo, cada cuarenta y cinco minutos, pasaba girando ante sus ojos el horizonte desnudo de Atlanta. Al fin y al cabo, no era que el taxista no conociera el lugar, el cilindro de setenta pisos de Peachtree Plaza no existía. Tampoco estaban las torres del edificio Omni International, la mole de piedra gris del edificio de Georgia Pacific, ni la enorme caja negra del Equitable. La estructura más imponente de toda la zona centro de Atlanta era aquélla, con su vestíbulo en forma de atrio, profusamente imitado. Sin embargo, de la breve conversación que mantuvo con la camarera, le quedó claro que el hotel era nuevo y prácticamente único en su estilo.

El peor momento le llegó cuando Jeff se había mirado al espejo que había detrás de la barra. Lo había hecho expresamente, sabiendo bien lo que vería, pero, no obstante, se quedó de una pieza al enfrentarse a su propia imagen pálida y delgada de los dieciocho años.

Objetivamente, el muchacho que aparecía en el espejo se veía algo mayor para su edad; rara vez había tenido problema para que le sirvieran bebidas alcohólicas a los dieciocho años, tal como le ocurrió en ese momento con la camarera, pero Jeff sabía que aquélla era simplemente una ilusión provocada por su altura y sus ojos hundidos. Pero para él, la imagen del espejo correspondía a la de un joven inexperto y sin marcas.

Y ese joven era él mismo. No en el recuerdo, sino aquí y ahora, esas manos sin arrugas con las que sostenía la copa, esos ojos atentos con los que miraba.

—¿Estás listo para otra, cariño?

La camarera le sonrió amablemente, con los labios rojo brillante, las pestañas con mucho rímel y el peinado anticuado en forma de panal de abejas. Lucía un traje «futurista», un vestido mini color azul iridiscente, del tipo que llevarían en todas partes las jóvenes dentro de dos o tres años.

Dos o tres años a partir de ahora. Principios de los sesenta.

¡Dios santo!

No podía seguir negando lo que había ocurrido, no podía abrigar la esperanza de racionalizar la idea para deshacerse de ella. Se había muerto de un ataque al corazón, pero sobrevivió; se encontraba en su despacho, en 1988, y ahora estaba... aquí. Atlanta, 1963.

Jeff pugnó inútilmente por encontrarle una explicación, algo que tuviera aunque solo fuese el más remoto de los sentidos. En la adolescencia había leído una buena cantidad de obras de ciencia ficción, pero su situación actual no se parecía a ninguno de los argumentos que había leído sobre viajes en el tiempo. No había máquina, ni científico, loco o cuerdo, y, a diferencia de los personajes de las historias que había leído con tanta fruición, su propio cuerpo había vuelto a su estado juvenil. Era como si solo su mente hubiera realizado el salto a través de los años, borrando su conciencia anterior para ir a habitar en el cerebro de su propio cuerpo a los dieciocho años.

¿Había acaso huido de la muerte o sencillamente la había esquivado? ¿O tal vez en algún afluyente alternativo del tiempo futuro su cuerpo sin vida yacía en una morgue de Nueva York, a punto de ser diseccionado por el escalpelo de un patólogo?

A lo mejor estaba en coma, y aquel estado desesperado y sin remedio había pasado a convertirse en una nueva vida imaginaria

respondiendo a los dictados de un cerebro delirante y moribundo. Y sin embargo, sin embargo...

—Cariño, ¿quieres que te ponga otra o no? —le preguntó la camarera.

—Creo..., creo que tomaré una taza de café, si no le importa.

—Claro que no. ¿Un café irlandés, quizá?

—No, café solo. Con un poco de crema y sin azúcar.

La muchacha del pasado le sirvió el café y Jeff se quedó mirando cómo iban encendiéndose las luces de la ciudad a medio construir, bajo el cielo en penumbras. El sol se había puesto tras las colinas de arcilla roja que se perdían hacia Alabama, en dirección de los años de cambio caótico y arrollador, de tragedia y de sueños.

Se quemó los labios con el café humeante y para enfriárselos bebió un sorbo de agua helada. El mundo que yacía tras aquellos ventanales no era un sueño; era a la vez real e inocente, real y ciegamente optimista.

Corría la primavera de 1963.

Cuántas decisiones por tomar.

Jeff se pasó el resto de la tarde deambulando por las calles del centro de Atlanta, con los ojos y los oídos concentrados en captar hasta el más mínimo detalle del pasado recreado: los carteles de «para blancos» y «para negros» en los lavabos públicos, las mujeres que llevaban sombrero y guantes, el cartel en el escaparate de una agencia de viajes que anunciaba un viaje a Europa en el *Queen Mary*, un cigarrillo entre los dedos de casi todos los hombres que pasaban a su lado. Jeff no tuvo hambre hasta después de las once, cuando tomó una hamburguesa con una cerveza en un pequeño local junto a Five Points. Creyó recordar vagamente el anodino bar de veinticinco años atrás, se trataba de un lugar al que iba con Judy de vez en cuando a tomar algo después del cine; pero en esos momentos estaba ya tan confundido y cansado por la interminable marea de vistas y lugares nuevos/viejos que ya no estaba seguro. Todas las tiendas, todos los extraños que pasaban a su lado habían comenzado a resultarle inquietantemente familiares, si bien sabía que no podía recordar cada una de las cosas que veía. Había perdido la capacidad de diferenciar los recuerdos falsos de los que eran inconfundiblemente reales.

Necesitaba desesperadamente dormir un poco, apartar de sí todo aquello por unos instantes y tal vez, cosa poco probable, despertar en el mundo que acababa de abandonar. Lo que más ansiaba era encontrar una habitación de hotel anónima, atemporal, desde la que no pudiera ver la línea alterada del horizonte, sin radio ni televisión que le recordaran lo que había ocurrido; pero no tenía dinero suficiente, ni tarjetas de crédito, por supuesto. A menos que quisiera

dormir en el parque de Piedmont, a Jeff no le quedaba más alternativa que volver a Emory, a su cuarto de estudiante. Quizá Martin se hubiera dormido ya.

No se había dormido. El compañero de cuarto de Jeff estaba bien despierto, sentado ante su escritorio, hojeando un ejemplar de *High Fidelity*. Levantó la vista tranquilamente y dejó la revista en el momento en que Jeff entraba en la habitación.

—¿Dónde diablos te has metido? —le preguntó Martin.

—Estuve dando un paseo por el centro.

—¿Y no te dio tiempo a pasarte por Dooley, eh? ¿Ni por el cine Fox? A punto estuvimos de perdernos la primera parte de la película por esperarte.

—Lo siento..., pero no estaba en condiciones de ir. Esta noche, no.

—Lo menos que podrías haber hecho era dejarme una jodida nota o algo por el estilo. Ni siquiera llamaste a Judy, maldita sea. Casi se vuelve loca de la preocupación, pensando que te había ocurrido algo.

—Oye, estoy hecho polvo. No tengo ganas de seguir hablando, ¿vale?

Martin lanzó una risa forzada.

—Será mejor que mañana estés preparado para hablar si quieres volver a ver a Judy. Se pondrá hecha una fiera cuando se entere de que no estás muerto.

Jeff soñó que se moría y al despertar comprobó que seguía en la habitación de la universidad. Nada había cambiado. Martin no estaba, probablemente habría ido a clase; pero Jeff se acordó de que era sábado. ¿Había clases los sábados? No lo recordaba.

En cualquier caso, estaba solo en el cuarto y aprovechó la intimidad para repasar su escritorio y su armario sin seguir un orden fijo. Todos los libros le resultaban familiares: *Fail-Safe*, *The Making of the President-1960*, *Travels with Charley*. Los discos en sus fundas nuevas, sin doblar, de colores vivos, trajeron a su mente infinidad de imágenes sensuales de los días y las noches que había pasado escuchando aquella música: Stan Getz y Joao Gilberto, el Kingston Trio, Jimmy Witherspoon, y muchos más, la mayoría de ellos perdidos o gastados hacía tiempo.

Jeff encendió el estéreo Harman-Kardon que sus padres le habían regalado unas Navidades, puso *Desafinado* y siguió hurgando entre las pertenencias de su juventud: perchas cargadas de pantalones con doblez y cazadoras deportivas Botany 500, un trofeo de tenis del

internado de las afueras de Richmond al que había ido antes de ingresar en Emory, una colección envuelta en papel de seda de gafas Hurricane de Pat O'Brien, de Nueva Orleans, pilas de *Playboy* y *Rogue* prolijamente ordenadas.

Encontró una caja con cartas y fotos, la sacó y se sentó en la cama a repasar su contenido. Había fotos suyas de cuando era niño, instantáneas de chicas cuyos nombres no recordaba, un par de tiras de fotomatón en las que salía haciendo muecas exageradas... y una carpetita llena de fotos familiares, de sus padres y su hermana menor en un *picnic*, en la playa, alrededor del árbol navideño.

Siguiendo un impulso, pescó en su bolsillo, sacó un puñado de cambio, se dirigió al teléfono de pago del vestíbulo y pidió a información el número ya olvidado de sus padres en Orlando.

—¿Diga?—respondió su madre con el tono distraído que después iría aumentando con el paso de los años.

—¿Madre?—dijo él, tanteando el terreno.

—¡Jeff! —Por un instante, al apartarse del aparato, su voz sonó amortiguada—. Cariño, cógelo en la cocina. ¡Es Jeff! —Luego, recuperando su claridad—: Vamos a ver, ¿qué es eso de llamarme «madre»? ¿Es que te consideras demasiado mayor para llamarme «mamá»?

No había vuelto a llamarla así desde que tenía veintitantos.

—¿Cómo...? ¿Qué tal estáis?—preguntó.

—Ya sabes que desde que te fuiste ya no es lo mismo; pero nos mantenemos ocupados. La semana pasada fuimos a pescar cerca de Titusville. Tu padre cogió un pámpano de quince kilos. Ojalá pudiera mandarte un poco; está tiernísimo. Te hemos guardado un montón en el congelador, pero no sabrá como recién pescado.

Las palabras de su madre le trajeron un tropel de recuerdos, todos ellos levemente relacionados: los fines de semana estivales transcurridos en la barca de su tío en el Atlántico, el sol brillante en la pulida cubierta mientras una masa de negros cúmulos flotaba en el horizonte presagiando una tronada... los destartalados pueblecitos de Titusville y Cocoa Beach antes de la gran invasión de la NASA... el enorme congelador blanco en el garaje de su casa, lleno de chuletas y pescado, y sobre él, los estantes cargados de cajas con sus tebeos viejos y sus novelas de Heinlein...

—Jeff, ¿sigues ahí?

—Sí, sí..., perdona..., mamá. Es que se me fue el santo al cielo y ya no me acuerdo por qué te llamaba...

—Ya sabes que no tienes por qué tener un motivo para...

Se oyó un clic en la línea, seguido de la voz de su padre:

—¡Vaya, hablando del rey de Roma! Estábamos hablando de ti, ¿no es así, querida?

—Sí, es verdad —convino la madre de Jeff—. Hace apenas cinco minutos comentaba que hacía tiempo que no llamabas.

Jeff no tenía idea si con eso se estaría refiriendo a una semana o un mes, pero no quiso preguntar.

—Hola, papá —saludó rápidamente—. Me he enterado de que has pescado un pámpano de concurso.

—Tendrías que haberlo visto —le dijo su padre riéndose—. Bud no se comió un rosco en todo el día, y lo único que consiguió Janet fue una quemadura de sol. Todavía no ha terminado de pelarse..., ¡parece un camarón hervido!

Jeff recordó vagamente que aquéllos eran los nombres de una de las parejas amigas de sus padres, pero no lograba recordar sus caras. Se sorprendió al comprobar cuan vitales y llenos de energía parecían sus padres. Su padre había tenido un enfisema en 1982 y a partir de ahí prácticamente no volvió a salir de casa. Con dificultad lograba imaginárselo en alta mar, ganándole a un poderoso pez, con el Pall Mall en la comisura de la boca, empapado por la espuma. Jeff se quedó asombrado al caer en la cuenta de que sus padres tenían exactamente su misma edad, es decir, la edad que él tenía el día anterior a esa misma hora.

—El otro día me encontré con Barbara —le comentó su madre—. Le va bien en Rollins y me pidió que te comentara que Cappy logró solucionar aquel problema.

Jeff recordó vagamente que Barbara era la chica con la que salía en el bachillerato, pero el nombre de Cappy no le sonaba de nada.

—Gracias —dijo Jeff—. Cuando vuelvas a ver a Barbara, dile que me alegro mucho.

—¿Sigues saliendo con esa tal Judy? —le preguntó su madre—. En la foto que nos mandaste está muy mona, no vemos la hora de conocerla. ¿Cómo está?

—Bien —contestó, evasivo, y deseó no haber hecho la llamada.

—¿Qué tal va el Chevy? —interrumpió su padre—. ¿Sigue quemando aceite como siempre?

¡Por el amor de Dios!, hacía años que Jeff no pensaba en aquel viejo coche.

—El coche está bien, papá.

Se trataba de una conjetura. Ni siquiera sabía dónde estaba aparcado. Sus padres le habían regalado aquella vieja bestia humean-te al terminar el bachillerato, y lo había utilizado hasta que se le paró de repente para no arrancar más cuando cursaba el último año en Emory.

—¿Qué tal las notas? ¿Y el trabajo ese del que tanto te quejabas? El de... ya sabes, ese que nos comentaste la semana pasada que te estaba costando tanto. ¿De qué era?

—¿La semana pasada? Ah, sí..., el de historia. Ya lo entregué. Todavía no me han dado la nota.

—No, no era de historia. Nos dijiste que era algo de literatura inglesa, ¿de qué se trataba?

De pronto se oyó la voz entusiasmada de una niña. Con un vuelco en el corazón, Jeff se dio cuenta de que era su hermana —una mujer que había pasado por dos divorcios, que tenía una hija a punto de empezar el bachillerato. Jeff se sintió conmovido al oír la exuberancia de sus nueve años. La voz de su hermana parecía la encarnación de la inocencia perdida, del tiempo que vuelve patéticamente sobre sus pasos.

La conversación con sus padres se había vuelto bochornosa, incómodamente perturbadora. La interrumpió y prometió volver a llamar al cabo de unos días. Cuando colgó, tenía la frente empapada de un sudor frío y la garganta seca. Bajó la escalera hasta el vestíbulo principal, se compró una Coca-Cola con veinticinco centavos, y se la bebió en tres largos sorbos. En la sala de la televisión alguien estaba viendo la serie *Sky King*.

Jeff metió la mano en el otro bolsillo y sacó un llavero. Una de las seis llaves era de su habitación, la había utilizado la noche anterior para volver a entrar; había otras tres que no reconocía, y dos más que a todas luces eran de General Motors, una del arranque del coche y otra del maletero.

Salió y el brillante sol de Georgia lo obligó a pestañear. En el campus había ambiente de fin de semana, una quietud holgazana característica que Jeff reconoció al instante. Sabía que en la zona del club de estudiantes habría grupos cautivos de aspirantes a convertirse en miembros a los que habrían puesto a limpiar las casas y a colgar

adornos de cartón piedra para las fiestas del sábado noche; las chicas de Harris Hall y del nuevo dormitorio de mujeres que todavía carecía de nombre estarían paseándose en bermudas y sandalias, esperando que sus parejas pasaran a recogerlas para dar un paseo hasta Soap Creek o Stone Mountain. Desde la izquierda le llegaron a Jeff las cadencias cantadas de los ejercicios realizados, sin ironías ni protestas, por el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva de la Fuerza Aérea. En el césped no había nadie jugando al Frisbee; en el aire no flotaba el olor de la marihuana. Los estudiantes de esta universidad no podían imaginar los cambios que estaba a punto de experimentar el mundo.

Recorrió el aparcamiento que había delante de Longstreet Hall en busca de su Chevy azul y blanco, un modelo del año 58. No lo veía por ninguna parte. Bajó andando por Pierce Drive, dio un amplio rodeo en Arkwright pasando por Dobbs Hall y subió por la parte de atrás del otro grupo de dormitorios de chicos; el coche tampoco estaba allí.

Al dirigirse hacia Clifton Road, Jeff volvió a oír las órdenes vociferadas y las respuestas maquinales provenientes del campo donde estaban los del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva de la Fuerza Aérea. Aquel sonido activó algo en su mente; giró a la izquierda, cruzó un puentecito delante de la oficina de Correos, y recorrió con dificultad un camino por el que dejaba atrás el club Phi Chi de estudiantes de medicina. El campus terminaba allí mismo; una manzana más allá encontró su coche. Como era estudiante del primer curso, no conseguiría un permiso de aparcamiento hasta el otoño siguiente; aquel primer año tenía que aparcar fuera de los límites del campus. Aun así, se encontró con una multa en el parabrisas. Tendría que haberlo cambiado de sitio esa misma mañana, según indicaba un cartel colocado encima de su cabeza.

Se sentó al volante, y el contacto con su coche, el olor que había dentro, le evocaron una vertiginosa maraña de reacciones. Se había pasado cientos, tal vez miles de horas en aquel asiento destartado, en autocines y autorrestaurantes con Judy, en viajes que hizo solo o en compañía de Martin u otros amigos; viajes a Chicago, a Florida, y una vez incluso hasta México D. F. Traspasó la frontera de la adolescencia en ese coche, más que en la habitación de la universidad, en un apartamento o en una ciudad. En ese coche había hecho el amor, se había emborrachado, en él había asistido al prematuro entierro de su tío preferido, había utilizado su temperamental, pero

potente motor de ocho cilindros para expresar rabia, júbilo, aburrimiento, depresión, remordimiento. Nunca le había puesto nombre por considerar la idea demasiado infantil; pero en ese momento se dio cuenta de cuánto había significado para él aquel automóvil, y en qué forma se había compenetrado su identidad con la peculiar personalidad de aquel viejo Chevy.

Jeff introdujo la llave en el arranque y, al ponerse en marcha, el motor petardeó una vez y luego se avivó con un rugido. Sacó el coche del lugar donde estaba aparcado, giró a la derecha por Clifton Road y pasó por delante de la mole a medio construir del Centro de Enfermedades Contagiosas. En los ochenta seguían llamándolo CEC, pero, para entonces, las iniciales significaban Centro para el Control de Enfermedades, y la institución era conocida mundialmente por dedicarse a estudiar plagas que provocan el pánico, tales como la enfermedad del legionario y el sida.

El futuro: plagas horrendas, la revolución de las costumbres sexuales que permitiría alcanzar una serie de logros en los que posteriormente se daría marcha atrás; el triunfo y la tragedia en el espacio; las calles recorridas por punkies de mirada perdida, vestidos de cuero y cadenas y con los pelos pinchudos de color rosa subido; cantidad de chatarra espacial dando vueltas alrededor de la tierra contaminada, asfixiada... ¡*Santo cielo!*, pensó Jeff estremeciéndose, visto así, su mundo parecía una pesadilla de ciencia ficción. En muchas maneras, la realidad a la que se había acostumbrado tenía más en común con las películas del estilo de *Blade Runner* que con la ingenuidad soleada de principios de 1963.

Encendió la radio: descargas de electricidad estática, monoaural AM, nada de FM en el dial. «Nuestro día llegará», le cantaron melifluamente el grupo Ruby y The Romantics, y Jeff lanzó una carcajada.

En Briarcliff Road giró a la izquierda, se paseó sin rumbo por los sombreados barrios residenciales que había al oeste del campus. Pasadas las vías, la calle se convertía en la avenida Moreland y él siguió adelante, dejando atrás el parque Inman y la penitenciaría federal donde Al Capone había cumplido condena. Desaparecieron los carteles indicadores de calles y se encontró en la autopista de Macon, en dirección sur.

La radio le hacía compañía con su interminable torrente de éxitos anteriores a los Beatles: *Surfing USA*, *I Will Follow Him*, *Puff, the Magic Dragón*. Jeff cantó la letra, fingió estar escuchando una

emisora de viejos éxitos. Se decía que lo único que tenía que hacer era darle a otro botón y oíría a Springsteen o a Prince, tal vez sintonizaría una emisora de *jazz* en la que pasaran el último disco compacto de Pat Metheny. Al final, la señal se esfumó, igual que su ensoñación. No logró sintonizar nada más que música anticuada. Incluso las emisoras de música *country* no habían oído hablar nunca de Willie o Waylon; solo pasaban cosas de Ernest Tubbs y Hank Williams, ni un solo proscrito entre ellos.

Delante de McDonough vio un puesto callejero que vendía melocotones y sandías. En uno de sus viajes a Florida, Martin y él se habían parado en un puesto parecido, sobre todo por la granjera de largas piernas y blanco pantalón corto que vendía la fruta. La chica tenía un enorme pastor alemán y, después de la típica charla sin sentido entre chico-de-ciudad/chica-de-campo, Martin y él le habían comprado una cesta entera de melocotones. Ni siquiera estaban interesados en las condenadas frutas, y al cabo de cuarenta kilómetros el olor mismo empezó a provocarles náuseas por lo que se dedicaron a usarlas para practicar tiro al blanco con las señales de tráfico y a gritar con una alegría hueca al oír el *paf pam* que se producía cuando le acertaban a una.

¿Cuándo había sido aquello? El verano de 1964 o 1965. Dentro de dos años. Porque en ese momento, él y Martin todavía no habían hecho ese viaje, ni habían comprado aquellos melocotones, ni habían ensuciado y abollado la mitad de las señales indicativas de los límites de velocidad que había de allí a Valdosta. ¿Y qué significaba aquello, pues? ¿Si Jeff siguiera en este pasado inexplicablemente reconstruido en el momento en que se repitiera aquel día de junio, volvería a hacer ese mismo viaje, compartiría con Martin las mismas bromas, lanzaría aquellos mismos melocotones maduros a las mismas señales de tráfico? ¿Y si no lo hacía, si esa semana decidía quedarse en Atlanta, o si simplemente pasaba de largo delante de la chica de las piernas largas que vendía melocotones..., qué pasaría entonces con el recuerdo que tenía de aquel episodio? ¿De dónde habría venido y qué iba a ocurrir con él?

En cierto modo, era como si estuviera volviendo a vivir su vida, «rebobinando» en el vídeo; sin embargo, no parecía estar ligado por lo que había ocurrido antes, no del todo. Por lo que podía deducir, había vuelto a este punto de su vida en exactamente las mismas circunstancias, matriculado en Emory, compartiendo habitación con

Martin, cursando las mismas asignaturas de un cuarto de siglo antes, pero en las veinticuatro horas transcurridas desde que despertara allí, ya había comenzado a apartarse ligeramente de los senderos que siguiera originalmente.

El haber dejado plantada a Judy la noche anterior era el cambio más grande y más evidente, aunque a la larga aquello no fuera a influir absolutamente en nada en un sentido u otro. Recordaba que solo habían salido seis o siete meses, más o menos hasta las siguientes Navidades. Recordó con una sonrisa que ella lo había plantado por un «hombre mayor», un muchacho de los cursos superiores que iba a continuar sus estudios en la facultad de Medicina de Tulane. Jeff se había pasado unas cuantas semanas deprimido y afectado, y luego había empezado a salir con una serie de chicas: una morena delgadita llamada Margaret, luego otra morena cuyo nombre empezaba con «D» o con «V», después con una rubia capaz de anudar con la lengua el rabo de una cereza. No había conocido a Linda, la mujer con la que se casaría, hasta que terminó la carrera y entró a trabajar para una emisora de West Palm Beach. Linda estudiaba en la Universidad de Florida Atlantic. Se habían conocido en la playa de Boca Ratón...

Caray, ¿dónde estaría Linda en ese momento? Tenía dos años menos que él, por lo tanto seguiría en la secundaria y viviría con sus padres. De repente, sintió la necesidad de llamarla, o tal vez de seguir rumbo al sur hasta Boca Ratón para verla, conocerla... No, no tenía sentido. Habría resultado demasiado extraño. Sería alejarse peligrosamente, podría crear una horrible paradoja.

¿O tal vez no? ¿De verdad tenía que preocuparse por las paradojas, por la antigua idea de matar al propio abuelo? Quizá no fuera una preocupación adecuada. No era un espectador que vagaba por su tiempo, temeroso de encontrarse consigo mismo, aunque más joven, sino que era él mismo más joven y formaba parte del entramado de aquel mundo. Lo único que pertenecía al futuro era su mente, y el futuro solo existía en su mente.

Jeff tuvo que apartarse de la carretera, detenerse unos instantes para agarrarse la cabeza con las manos mientras digería las implicaciones de todo aquello. Ya se había preguntado si no sería una alucinación, si no estaría soñando esta existencia pasada. Pero ¿qué ocurriría si lo verdadero fuera justamente lo contrario, qué pasaría si todo el complejo entramado de los próximos veinticinco años, todo, desde la caída de Saigón a la Nueva Ola, la música *rock* y los

ordenadores personales, resultarían ser una ficción que, de algún modo, habían surgido de pronto en su mente, de la noche a la mañana, aquí, en el mundo real de 1963, del cual nunca se había marchado? Tenía tanto sentido, tal vez más, que cualquier otra explicación alternativa que implicara el viajar en el tiempo o una vida después de la muerte o un cataclismo dimensional.

Jeff puso otra vez en marcha el Chevy y regresó a la autopista U.S. 23 de dos carriles. Locust Grove, Jenkinsburg, Jackson..., los pueblecitos arruinados y soñolientos de la zona atrasada de Georgia pasaron a su lado como escenas de una película de la época de la Depresión. Quizá fue eso lo que le había impulsado a emprender ese viaje sin rumbo, pensó, la atemporalidad de la zona rural que había más allá de Atlanta, la completa falta de pistas que permitieran adivinar el año o la década en la que estaba. Graneros curtidos por el tiempo, con la leyenda «Jesús salva» pintada en gruesas letras, el resto de anuncios rimados de espuma de afeitar Burma que aparecían espaciados en la autopista, un viejo negro que llevaba una mula..., pero si hasta la Atlanta de 1963 parecía futurista al lado de aquello.

En Pope's Ferry, justo al norte de Macon, entró en la típica gasolinera con tienda dirigida por una familia. Nada de surtidores autoservicio, ni de gasolina sin plomo; Gulf súper a diez centavos el litro; la normal a ocho centavos. Le pidió al chico que había allí fuera que le llenara el depósito de súper, le revisara el aceite y le agregara dos cuartos si le faltaba.

En la tienda se compró un par de Slim Jims y una lata de Pabst, y estuvo un rato manoteando inútilmente la lata de cerveza hasta que se dio cuenta de que no tenía la anilla para abrir.

—Vaya sed traes, chico—le dijo con una risita la mujer mayor que había detrás del mostrador—. ¡Mira que tratar de abrir la lata con las manos!

Jeff sonrió tímidamente. La mujer le indicó el abridor de latas que colgaba de un hilo al lado de la caja, y Jeff hizo dos agujeros en forma de «V» en lo alto de la lata. El chico de los surtidores le gritó a través de la puerta mosquitera de la tienda:

—¡Oiga, parece que necesita como tres cuartos de aceite!

—Vale, ponle lo que haga falta. Y revísame las correas del ventilador, ¿quieres?

Jeff tomó un largo sorbo de cerveza y cogió una revista de la estantería. Había un artículo sobre el nuevo furor del *pop-art*:

ampliaciones de las tiras cómicas de Lichtenstein, enormes hamburguesas de vinilo blando de Oldenburg. Qué raro, tenía entendido que todo eso había pasado más tarde, en 1965 o 1966. ¿Habría dado con una discrepancia? ¿Acaso ese mundo era ya ligeramente distinto del que él creía conocer?

Necesitaba hablar con alguien. Martin se lo tomaría a chacota, y sus padres se preocuparían por su cordura. Sí, eso era, tal vez tendría que visitar a un psicoanalista. Al menos un médico iba a escucharlo y a guardar el secreto de lo que le contara; pero una consulta así llevaba aparejada la presuposición tácita de un problema mental, de un deseo de ser «curado» de algo.

No, no había nadie con quien pudiera hablar de aquello, al menos abiertamente. Pero no podía seguir evitando a todo el mundo por temor a que se descubriera, porque podría parecer mucho más extraño que cualquier lapsus anacrónico que pudiera tener. Además, empezaba a sentirse solo, caray. Aunque no pudiera decir la verdad, o lo que él consideraba la verdad, después de todo lo que le había pasado, necesitaba el consuelo de una compañía.

—¿Podría darme cambio para el teléfono? —le preguntó Jeff a la mujer que estaba en la caja, y le entregó un billete de cinco dólares.

—¿En billetes de a uno, te va bien?

—Quiero llamar a Atlanta.

La mujer asintió, le dio a la tecla para abrir la caja y sacó unas cuantas monedas de la caja.

—Con un dólar en monedas tendrás bastante, chico.